



# ECOLOGÍA POLÍTICA Y ESPAÑOLES EN PARÍS

Por Mauro Armiño

Esto que llaman crisis va dejando víctimas en la cuneta, o, más exactamente, en crematorios y cementerios. Los medios silencian los suicidios, por higiene mental, dicen, hasta que son tan clamorosos que la sangre salpica a la cara de los transeúntes. Tres o cuatro recientes, sobre el pavoroso telón de fondo de los desahucios promovidos por bancos y banqueros, han destapado algunas cifras: las estadísticas hablan de un 30 por ciento más de suicidios en estos años de crisis. Se materializa así el pasmoso lema “Que se jordan”, que soltó la diputada Fabra mientras sus adláteres aplaudían los recortes. Personas que se están suicidando por necesidad, por dignidad, sin que los parches lo resuelvan: sólo ha servido para que los partidos queden con las vergüenzas al aire y hagan declaraciones de compasión los que hasta ahora ejecutaban o callaban: desde sindicatos policiales hasta el presidente de la Conferencia Episcopal, Rouco Varela, el último en sumarse a la buena voluntad; en la Iglesia católica había antes una figura, el “pecado de silencio”; parece que ha pasado, junto con el buey y la mula de los nacimientos, a mejor vida.

**Ecología política.** Suicida fue, aunque por otros motivos, un importante pensador de la segunda mitad del pasado siglo, cuyos libros circularon bien en español en los setenta y ochenta, André Gorz, de quien la editorial Clave Intelectual acaba de editar, traducido por Pablo Betesh, su último libro, *Ecológica*. La apariencia del título engaña: los seis breves ensayos no hablan de mares contaminados o especies en vías de extinción, sino de ecología política, concepto del que fue pionero y que con varios años de adelanto anunciaba lo que luego ha ocurrido: causas y razones de la depresión económica, de la crisis de este capitalismo. *Ecológica* fue su testamento porque hace cinco años, nonagena-

rio ya, decidió suicidarse al mismo tiempo que su compañera de toda la vida, a quien un año antes había dirigido *Lettre à D.*; no resistió a la tentación de traducir su último párrafo. “A veces, de noche, veo la silueta de un hombre que, por una carretera vacía y en un paisaje desierto, marcha detrás de un coche fúnebre. Yo soy ese hombre. Eres tú a la que el coche fúnebre se lleva. No quiero asistir a tu cremación; no quiero recibir un tarro con tus cenizas. Oigo la voz de Katjleen Ferrier cantando: *El mundo está vacío, ya no tengo ganas de vivir*, y me despierto. Acecho tu aliento, mi mano te roza. A ninguno de los dos nos gustaría tener que sobrevivir a la muerte del otro. Con frecuencia nos hemos dicho que si, aunque imposible, tuviéramos una segunda vida, querríamos pasarla juntos”.

Se sumaban así a una abundante lista de parejas célebres: hace 101 años exactamente, un 25 de noviembre, lo hacía de común acuerdo alguna otra pareja célebre, por ejemplo Paul Lafargue –que representó a España en la 1ª Internacional y fundó en Madrid la primera sección marxista española– y Laura Marx, hija de Karl Marx– con la justificación de no sufrir con el deterioro físico de la vejez ni dar la lata a los demás. Las mismas razones que acompañaron en el mismo acto a Arthur Koestler y Stefan Zweig junto a sus esposas. André Gorz, permítaseme recordar al olvidado filósofo y teórico político, formó parte junto con Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir del comité de dirección de *Les Temps modernes* desde 1961 y cofundó, junto a uno de los periodistas de perspectivismo más fino de la época, Jean Daniel, *Le Nouvel Observateur*. Más discreto y menos mediático que estos grandes nombres, Gorz firmaba en las páginas de ese semanario una crónica económica cargada de ideología, de utopía y de ecologismo *avant la lettre*.

En *Ecológica*, con textos que van de 1975 a 2007, Gorz analiza entre otros el tema capital que la crisis ha sacado a primer plano: el del crecimiento, la obsesión de producir



París, Avenida de los Campos Elíseos (1941). Colección particular de

más, de consumir más. Su análisis de la progresión hacia la tumba que el capitalismo se cava a sí mismo parece una utopía, pero anunciaba las consecuencias que vemos: la crisis financiera, la crisis de trabajo, la crisis ecológica proclaman el debilitamiento del sistema capitalista, que tiene en el sistema financiero de hoy el cumplimiento de un sueño: hacer dinero con el dinero, dejando de lado la fuerza del trabajo. Mucho antes de la quiebra de Lehman Brothers, en 1980, Gorz ya la preveía: “Por lo que se refiere a la crisis económica mundial, estamos en el principio de un largo proceso que todavía durará decenios. Lo peor está aún delante de nosotros, es decir, el hundimiento financiero de grandes bancos y verosíblemente también de Estados. Estos hundimientos, o los medios puestos en práctica para evitarlos, no harán más que profundizar la crisis de las sociedades y de los valores todavía dominantes”.

De esta situación, según Gorz, cualquier salida es posible: tanto la peor como la mejor, tanto la salvaje como la utópica. Estamos en la salvaje; Gorz aboga por la solidaria, que los partidos políticos no parecen molestarse en ver: adopta la forma de la cultura de lo cotidiano, donde las relaciones sociales y el medio sean fruto y tengan por destino el bien co-



Fernando Castillo, autor de 'Noche y niebla en el París ocupado'.

mún; no hay posible salida de la crisis sin un *convivialismo* que exige menos mercado, menos Estado —un Estado secuestrado por los aparatos de los partidos—, más intercambio de las redes de ayuda mutua, y una sociedad civil organizada.

Gorz revela el lento suicidio del capitalismo provocado por su propia codicia, y también que “una multitud de indicios convergentes sugiere que esa superación [de la sociedad de la mercancía] ya ha empezado”. Adelantándose a Anonymus, vio en los *hackers* y en el desarrollo de los *logiciels* libres la piqueta que amenaza los monopolios multinacionales. Pero no era tan utópico como para no ver que, a pesar de sus crisis, el capitalismo vive bastante cómodo con sus contradicciones y su actual enfermedad de hoy, la crisis, no es mortal... por lo menos para sí mismo, a pesar de crear descontento y muerte alrededor.

**Espanoles y alemanes en París.** Dos ensayos sobre un período crucial que todavía colea coinciden en una misma editorial, Fórcola, que acaba de publicar *Recuerdos de un alemán en París, 1940-1944*, de Gerhard Heller (traducción de Juan Carlos Durán) y *Noche y niebla en el París ocupado; traficantes, espías*

## Gorz revela en su libro 'Ecología' el lento suicidio del capitalismo provocado por su propia codicia

y *mercado negro*, del historiador Fernando Castillo, que ha investigado las malandanzas de cuatro personajes claves de esos años, cuyas vidas se cruzan en torno a España: Pedro Urraca, un policía que al terminar la guerra civil fue enviado a la embajada española en París para localizar y represaliar a los republicanos españoles en el exilio —“se le escapó Azaña”, dice el autor, pero apresó con ayuda de la Gestapo y entregó en la frontera a Lluís Companys para que fuera fusilado—; el escritor César González Ruano, que abandonó la corresponsalía italiana de *ABC* para ir al lugar donde se cocía el dinero, y, como Urraca, se dedicó al colaboracionismo; André Gabison, un judío francés que aprovechó las aguas revueltas para montar un tinglado de robo y falsificación de obras de arte; y por último, Albert Modiano, padre del novelista

Patrick, cuarta pata de esa mesa de colaboracionistas que vivían en el París invadido en el lado oscuro de la delación, la canallada, la falsificación y el asesinato perpetrado por otras manos; llegó a ser detenido, como judío, por la Gestapo y trasladado a Austerlitz, de donde de forma sorprendente fue rápidamente liberado.

Si Modiano, a quien su padre, llegó a delatar más adelante a la policía, ha ajustado cuentas, en cierto modo, con ese pasado en sus tres primeras obras narrativas, la *Trilogía de la Ocupación*, de González Ruano aún se han explicado poco sus turbias correrías; arrestado y encarcelado durante unos días, trató de vender como una detención política lo que derivaba de la delincuencia común: lo detuvieron con doce mil dólares americanos (cantidad importante para la época), un pasaporte falso listo para la venta y un brillante de nueve quilates que “logró ocultar, no queremos pensar dónde, a pesar del minucioso registro que le hicieron. A ello había que añadir las llaves de cuatro domicilios parisinos, cuya explicación no dejaba de ser en sí misma un problema”, escribe Fernando Castillo.

En ese mismo París circulaba un joven oficial nazi, Gerhard Heller, que fue destinado por Otto Abetz a dirigir la censura durante la ocupación. Dejó unas memorias con el título de *Un alemán en París*, testimonio considerado bastante fiel: afrancesado hasta la médula, hizo lo que pudo en ambos sentidos: en obediencia a sus jefes y en su amor por la cultura francesa. Sus tratos con los editores, desde Gallimard hasta Grasset, con los escritores colaboracionistas, de Drieu de La Rochelle a Ramón Fernández, Céline y Robert Brasillach, que se jugaron la vida apostando en la carta nazi, con Giraudoux, Paulhan, Gide, con el sindicato de editores, etc. Doblegó voluntades, colocó en puntos clave a los intelectuales fascistas, quemó 2.242 toneladas de libros, dejó pasar obras de Paulhan, de Saint-Exupéry, de Mauriac, Camus, Malraux, etc. Hasta su muerte, en 1982, Heller se dedicó a traducir la literatura francesa y su labor fue reconocida por la Académie Française. Porque hubo censores y censores. Libro lleno de datos que puede sumarse a otro ensayo también reciente del periodista del *New York Times* Alan Riding, *Y siguió la fiesta. La vida cultural en el París ocupado por los nazis*, editado por Galaxia/Gutenberg en 2011. ●